



JACK HIGGINS

TERRENO PELIGROSO

Una mortífera competencia por el más fabuloso de los botines.

En 1944, lord Mountbatten y Mao Zedong firmaron un acuerdo por el que los chinos se comprometían a prorrogar por cien años el estatuto de Hong Kong a cambio de ayuda militar. Dicho convenio, particularmente la copia británica del mismo, desapareció en un desgraciado accidente. Había quedado sin efecto antes de nacer.

Han transcurrido cincuenta años. El paso de la colonia a soberanía china se acerca; sin embargo, hay poderosos intereses económicos, incluida la Mafia, que no pueden resignarse a lo inevitable. El desaparecido y olvidado convenio adquiere inusitado valor, tanto para las oscuras fuerzas que quieren impedir la descolonización de Hong Kong como para el gobierno británico, que no desea interrumpir el proceso. De ese modo, el mayor Ferguson, del servicio especial del primer ministro, y el jovial y sagaz ex terrorista del IRA Sean Dillon se verán empeñados en una mortal carrera por un documento que podría cambiar los destinos del mundo...

*Para Sally Palmer,
con amor.*

Ciertos elementos de este libro
están inspirados en una obra anterior,
Midnight Never Comes, publicada en
1966.

Prologo

Chungking, agosto de 1944

El piloto, teniente de vuelo Joe Caine, del Mando de Transporte de la RAF, estaba cansado, helado hasta los huesos y con las manos pegadas a la barra de control. La empujó hacia delante e hizo descender el avión, para emerger de una nube baja a tres mil pies de altura, bajo una lluvia torrencial.

El aparato que se abría paso por entre pesadas nubes y una tormenta era un Douglas DC3, el famoso Dakota, verdadero caballo de batalla tanto de la Fuerza Aérea estadounidense como de la RAF, que operaban conjuntamente en los aeródromos de Assam, en el norte de la India, desde donde enviaban suministros por vía aérea al ejército chino de Jiang Jieshi. En el trayecto, tenían que superar la infame «Joroba», como las tripulaciones aliadas llamaban a la cadena montañosa del Himalaya, y tratar de sobrevivir en las peores condiciones de vuelo del mundo.

—Ahí está, Skipper —dijo el copiloto—. Mortalmente delante. A tres millas.

—Y con la habitual ausencia de medidas antiaéreas —dijo Caine, lo que era bastante cierto. Los habitantes de Chungking eran notoriamente perezosos en ese aspecto y había luces encendidas por todas partes—. Bueno, allá vamos.

—Mensaje de la torre de control —dijo desde atrás el radiotelegrafista.

Caine conectó el UHF y llamó a la torre.

—Aquí *Sugar Nan*. ¿Hay algún problema?

—Llega tráfico prioritario. Rogamos que sobrevuelen —dijo una voz neutral.

—Por el amor de Dios —exclamó Caine enojado—, acabo de volar mil millas por encima de la «Joroba». Estamos cansados, ateridos y casi sin combustible.

—Tráfico VIP a estribor y por debajo de ustedes. Sobrevuelen. Rogamos contestación —dijo la voz con firmeza.

El copiloto miró hacia el lado y luego se volvió.

—A unos quinientos pies por debajo, Skipper. Otro Dakota. Por su aspecto, debe de ser un yanqui.

—Está bien —dijo débilmente Caine y viró a babor.

El hombre que estaba de pie en el porche de la oficina del comandante de puesto miraba fijamente hacia la lluvia y escuchó el sonido del primer Dakota que se disponía a aterrizar. Llevaba el uniforme de vicealmirante de la Marina Británica, y un impermeable sobre los hombros. Se llamaba lord Louis Mountbatten y era primo del rey de Inglaterra. Un héroe de guerra muy condecorado, también era el supremo comandante aliado del Sureste asiático.

El corpulento general estadounidense con gafas de montura de acero que apareció tras él y se detuvo para encender un cigarrillo, era el general *Vinagre* Joe Stillwell, su segundo, y también jefe de Estado Mayor de Jiang Jieshi. El mejor experto sobre China de que disponían las Fuerzas Aliadas, hablaba el cantonés con fluidez. Se apoyó sobre la barandilla.

—Bueno, ahí viene, el gran presidente Mao.

—¿Qué ocurrió con Jiang Jieshi? —preguntó Mountbatten.

—Encontró una excusa para adentrarse en el país. No sirve de nada, Louis; Mao y Jiang jamás se reunirán. Los dos quieren lo mismo.

—¿China? —preguntó Mountbatten.

—Exactamente.

—Sí. Bueno, en todo caso quisiera recordarte que esto no es el Pacífico, Joe. Hay veinticinco divisiones japonesas en China, y están ganando desde que iniciaron su ofensiva de abril. Nadie lo sabe mejor que tú. Necesitamos a Mao y a su Partido Comunista. Las cosas son así de sencillas.

Observaron el Dakota, que aterrizaba.

—El punto de vista de Washington también es sencillo —dijo Stillwell—. Hemos prestado ya mucha ayuda a Jiang.

—¿Y qué hemos recibido a cambio? —preguntó Mountbatten—. Se limita a permanecer sentado sobre el trasero, sin hacer nada, y prefiere ahorrar sus municiones y equipos para la guerra civil con los comunistas, una vez se haya derrotado a los japoneses.

—Una guerra civil que probablemente ganará —dijo Stillwell.

—¿Lo crees realmente así? —inquirió Mountbatten al tiempo que sacudía la cabeza—. En occidente, a Mao y a su gente se les considera como revolucionarios agrarios. Lo único que desean es la tierra para los campesinos.

—¿Y no estás de acuerdo con eso?

—Francamente, creo que son más comunistas que los rusos. Creo que, después de la guerra, pueden muy bien expulsar a Jiang Jieshi de la China continental y hacerse con el poder.

—Una idea interesante —admitió Stillwell—, pero si de lo que hablas es de hacer amigos e influir sobre la gente, eso depende de ti. Washington no seguirá ese juego. Los suministros de armas y municiones tendrán que proceder de tu propia gente, no de fuentes estadounidenses. Nosotros ya tendremos un problema bastante gordo cuando nos veamos obligados a dirigir Japón después de la guerra. China es cuestión vuestra.

El Dakota se acercó a ellos y se detuvo. Un par de tripulantes de tierra acercaron una escalerilla y esperaron a que

se abriera la portezuela.

—¿Crees que le pido demasiado al viejo presidente Mao?

—¡Diablos, no! —exclamó Stillwell echándose a reír—. Para ser honestos, Louis, si él está de acuerdo, no veo la forma de que recibas gran cosa a cambio de toda la ayuda que te propones ofrecerle.

—Algo mejor que nada, viejo amigo, sobre todo si él está de acuerdo.

La puerta se abrió y por ella se asomó un joven oficial chino. Un momento más tarde apareció Mao Zedong. Se detuvo un momento y miró hacia ellos. Sólo llevaba un sencillo uniforme y una gorra con la estrella roja. Luego, empezó a descender los escalones.

Mao Zedong, presidente del Partido Comunista Chino, contaba en esos momentos con cincuenta y un años de edad y era un brillante político, un maestro de la guerra de guerrillas, y un soldado genial. También era el enemigo implacable de Jiang Jieshi, y las dos partes se habían enzarzado en una lucha entre sí, en lugar de combatir juntos contra los japoneses.

En el despacho, se sentó tras la mesa del comandante del puesto, con el joven oficial de pie a su espalda. A un lado de Mountbatten y Stillwell estaba de pie un mayor del ejército británico. Llevaba el ojo izquierdo cubierto con un parche y la insignia de su gorra indicaba que pertenecía al regimiento de infantería ligera Highland. Un cabo, con la gorra del mismo regimiento, se apoyaba contra la pared, tras él, con una carpeta de cartón bajo el brazo izquierdo.

—Me sentiré feliz de actuar como traductor de los procedimientos, presidente Mao —dijo Stillwell en un fluido cantonés.

Mao, sentado frente a él, con un rostro enigmático, dijo en un inglés excelente, una habilidad que raras veces daba a conocer:

—General, mi tiempo es limitado. —Stillwell lo miró con asombro y Mao le dijo a Mountbatten—: ¿Quién es este oficial y el hombre que lo acompaña?

—Mayor Ian Campbell, presidente, uno de mis ayudantes —contestó Mountbatten—. El cabo es su ordenanza. Su regimiento es el Highland, de infantería ligera.

—¿Ordenanza? —preguntó Mao.

—Una especie de soldado sirviente —explicó Mountbatten.

—Ah, ya entiendo. —Mao asintió enigmáticamente y se volvió a Campbell—. Los Highland de Escocia, ¿verdad? Extraño pueblo. Los ingleses los doblegaron por la fuerza de la espada, les arrebataron sus tierras y, sin embargo, van a la guerra por ellos.

—Soy un *highlander* de pura cepa —dijo Ian Campbell—, con mil años de historia tras de mí, *laird* o señor del castillo de Loch Dhu y de todo lo que le rodea, como lo fue mi padre y el suyo antes que yo, y si los ingleses necesitan que se les eche una mano de vez en cuando, ¿por qué no?

Mao esbozó una ligera sonrisa y se volvió hacia Mountbatten.

—Me gusta este hombre. Debería prestármelo.

—No es posible, presidente.

—En ese caso, vayamos al asunto —dijo Mao con un encogimiento de hombros—. Dispongo de poco tiempo. Tengo que emprender el viaje de regreso en no más de treinta minutos. ¿Qué me ofrece usted?

Mountbatten miró a Stillwell, que se encogió ligeramente de hombros, y el almirante le dijo a Mao:

—Nuestros amigos estadounidenses no les pueden ofrecer armas y municiones a usted y a sus fuerzas.

—¿Pero sí suministrarán todo lo que necesite el generalísimo? —preguntó Mao con una actitud sorprendentemente serena.

—Creo haber encontrado una solución —dijo Mountbatten—. ¿Y si la RAF transportara diez mil toneladas mensua-

les por encima de la «Joroba» hasta Kunming, con toda clase de armas y municiones?

Mao extrajo un cigarrillo de una vieja pitillera de plata y el joven oficial se lo encendió. El presidente expulsó una larga nubecilla de humo.

—¿Y qué tendría que hacer a cambio de tanta magnificencia?

—Algo —contestó Mountbatten—. Quiero decir, que tendríamos que recibir algo a cambio. Sería lo justo.

—¿Ha pensado alguna cosa en concreto?

El propio Mountbatten encendió un cigarrillo, caminó hacia la puerta abierta y contempló la lluvia. Luego se volvió.

—El Tratado de Hong Kong, el arrendamiento a Gran Bretaña. Expira el primero de julio de 1997.

—¿De veras?

—Quisiera que lo ampliara en otros cien años.

Se produjo un largo silencio. Mao se reclinó en el asiento y expulsó el humo hacia el techo.

—Amigo mío, creo que la lluvia le ha nublado un poco el cerebro. El generalísimo Jiang Jieshi gobierna China, con el permiso de los japoneses, naturalmente.

—Pero los japoneses acabarán por marcharse —replicó Mountbatten.

—¿Y entonces?

La sala se quedó en silencio. Mountbatten se volvió y asintió con un gesto. El cabo entrechocó los talones y entregó la carpeta al mayor Campbell, quien la abrió y extrajo un documento que dejó sobre la mesa, frente al presidente.

—Esto no es un tratado, sino un convenio —explicó Mountbatten—. El Convenio de Chungking, según lo llamo yo. Si lo lee y lo aprueba con su firma junto a la mía, estará de acuerdo en ampliar, en el caso de que alguna vez llegue a controlar la China, el Tratado de Hong Kong en otros cien años. A cambio, el gobierno de Su Majestad le entregará

suministros suficientes para cubrir todas sus necesidades militares.

Mao Zedong examinó el documento y finalmente levantó la mirada.

—¿Tiene usted una pluma, lord Mountbatten?

Fue el cabo quien, moviéndose con rapidez, le proporcionó una. Mao firmó el documento. El mayor Campbell extrajo tres copias más, que también extendió sobre la mesa. Mao las firmó todas. Mountbatten, a su vez, también las firmó.

Le devolvió la pluma al cabo y se levantó.

—Una buena noche de trabajo —le dijo a Mountbatten—. Pero ahora tengo que marcharme.

Empezó a dirigirse hacia la puerta cuando Mountbatten dijo:

—Un momento, señor presidente, olvida usted su copia del convenio.

—Más tarde —dijo Mao volviéndose hacia él—, cuando haya sido firmada por Churchill.

—¿Churchill? —replicó Mountbatten que le miró fijamente.

—Naturalmente. Aunque eso, claro está, no debería retrasar la entrega de las armas. Sin embargo, espero con ilusión recibir mi copia firmada por él mismo. ¿Hay algún problema?

—No —contestó Mountbatten tras recuperarse—. No, claro que no.

—Bien. Y ahora tengo que marcharme. Hay mucho trabajo que hacer, caballeros.

Salió y bajó los escalones, seguido por el joven oficial, cruzó el campo hacia el Dakota y subió al aparato. La puerta se cerró, los tripulantes de campo retiraron la escalerilla y el avión avanzó por la pista mientras Stillwell estallaba en una carcajada.

—Que Dios me ampare, pero esto es la cosa más extraña que he visto en muchos años. Desde luego, ese hombre

es todo un personaje. ¿Qué vas a hacer?

—Enviar el maldito documento a Londres para que Churchill lo firme, claro está. —Mountbatten volvió la espalda a la entrada y le dijo al mayor Campbell—: Ian, le voy a dar la oportunidad de cenar en el Savoy. Quiero que emprenda el viaje a Londres lo antes posible, con un despacho mío para el primer ministro. ¿He oído aterrizar otro avión?

—Sí, señor, un Dakota procedente de Assam.

—Bien. Dé órdenes para que reposten combustible y den media vuelta. —Mountbatten se volvió a mirar al cabo—. Puede llevarse a Tanner con usted.

—Estupendo, señor.

Campbell recogió los documentos para guardarlos en la carpeta.

—Tres copias. Una para Mao, otra para el primer ministro y la tercera para el presidente Roosevelt. ¿No he firmado cuatro?

—Me he tomado la libertad de preparar una copia extra, señor, sólo por si acaso se produjera algún accidente —dijo Campbell.

—Buen muchacho, Ian —asintió Mountbatten—. En marcha, pues. Sólo una noche en el Savoy. Luego, regrese de inmediato.

—Desde luego, señor.

Campbell saludó y salió, seguido de Tanner. Stillwell encendió un cigarrillo.

—Un tipo extraño, este Campbell.

—Perdió el ojo en Dunkerke —explicó Mountbatten—. Consiguió una bien ganada Cruz Militar. Es el mejor ayudante que he tenido.

—¿Qué era toda esa cháchara sobre lo del *laird* o señor del castillo de Loch Dhu? —preguntó Stillwell—. Ustedes, los ingleses, están locos.

—Ah, pero resulta que Campbell no es inglés, sino escocés, y algo más que eso, porque es un *highlander*. Como *laird* de Loch Dhu dirige el clan Campbell, y eso, Joe, es

una tradición que ya existía antes de que los vikingos viajaran a América.

Se dirigió hacia la puerta y contempló la lluvia, que seguía cayendo con fuerza. Stillwell se le unió poco después.

—¿Vas a ganar, Louis?

—Oh, desde luego —asintió Mountbatten—. Es lo que sucederá después lo que me preocupa.

En el alojamiento de Campbell, Tanner preparó la bolsa del mayor con meticulosidad militar, mientras Campbell se afeitaba. Estaban juntos desde la adolescencia, pues el padre de Tanner había sido guardabosque en la propiedad de Loch Dhu, y ambos habían soportado juntos la demoledora experiencia de Dunkerke. Cuando Campbell inició su trabajo para lord Mountbatten, en el Cuartel general de Operaciones combinadas en Londres, se llevó consigo al cabo como ordenanza. A eso siguió el traslado al mando del Sureste asiático. Pero para Jack Tanner, buen soldado, con una medalla militar al valor para demostrarlo, Campbell nunca sería otra cosa que el *laird*.

El mayor salió del cuarto de baño secándose las manos. Se ajustó el parche negro sobre el ojo y se pasó una mano por el cabello. Luego se puso la túnica.

—¿Llevas el maletín, Jack?

Tanner lo levantó con una mano.

—Los documentos están dentro, *laird*.

Siempre llamaba a Campbell por ese título cuando se encontraban a solas.

—Ábrelo y saca la cuarta copia extra que preparé —dijo Campbell.

Tanner hizo lo que se le pedía y se la entregó. La hoja de papel mostraba el encabezamiento de «Supremo comandante aliado del Mando del Sureste asiático». Mao lo había firmado, no sólo en inglés, sino en chino, junto con la firma de lord Mountbatten.

—Ahí tienes, Jack —dijo Campbell mientras doblaba la hoja—. Esto es un documento histórico. Si Mao gana, Hong

Kong seguirá siendo británica hasta el primero de julio del año dos mil noventa y siete.

—¿Cree usted que eso sucederá, *laird*?

—Quién sabe. Antes tenemos que ganar esta guerra. Pásame la biblia, ¿quieres?

Tanner se acercó al cajón donde el mayor guardaba sus artículos de aseo. La biblia tenía unos quince centímetros por diez, con una tapa de plata estampada en la que una cruz céltica resaltaba claramente. Era muy antigua. Un Campbell la había llevado a la guerra desde hacía muchos siglos. Había sido encontrada en el bolsillo de un antepasado del mayor que había muerto luchando por el príncipe Charlie, en Culloden. Fue recuperada del cuerpo de su tío, muerto en 1916 en el Somme. Ahora, Campbell la llevaba consigo a todas partes.

Tanner la abrió. El interior de la tapa también era de plata. Tanteó cuidadosamente el borde con la uña; un resorte saltó y dejó al descubierto un pequeño compartimiento oculto. Campbell plegó la hoja de papel hasta obtener el tamaño apropiado, lo encajó en el hueco y luego lo cerró.

—Máximo secreto, Jack. Sólo tú y yo sabemos que está ahí. Quiero tu juramento de *highlander* de que guardarás el secreto.

—Lo tiene, *laird*. ¿Debo guardar la biblia en la bolsa?

—No, la llevaré en mi bolsillo de mapas.

Alguien llamó a la puerta. Tanner se volvió y abrió. El teniente de vuelo Caine entró en la estancia. Llevaba consigo unas pesadas chaquetas de vuelo y dos pares de botas de piel de oveja.

—Necesitarán esto, señor. Probablemente, tendremos que volar a unos veinte mil pies sobre una parte de la «Joroba». Hace un frío infernal allá arriba.

El joven parecía muy cansado, con semicírculos oscuros bajo los ojos.

—Siento mucho todo esto —dijo Campbell—. Sé que acaba usted de llegar.

—No se preocupe, señor. Llevo conmigo al oficial copiloto Giffard. Nos podemos turnar en los mandos. También tenemos un navegante y un radiotelegrafista. Nos las arreglaremos. —Le dirigió una sonrisa—. Difícilmente se le puede decir que no a lord Mountbatten. Por lo que veo, en este vuelo iremos directamente a Delhi.

—En efecto. Desde allí continuaré a Londres.

—Ah, cuánto me gustaría poder hacer esa parte del trayecto. —Caine abrió la puerta y observó la lluvia—. Parece que no para nunca, ¿verdad? Qué condenado país. Le veré en el avión, señor.

—Muy bien, Jack —dijo Campbell poco después—. Pongámonos en marcha.

Se pusieron las botas de vuelo y las pesadas chaquetas de piel de oveja. Cuando estuvieron preparados, Tanner tomó la bolsa del mayor y la suya.

—En marcha, Jack.

Tanner salió. Campbell echó un vistazo por la habitación, extendió una mano, tomó la gorra y se la puso. Luego, recogió la biblia, se la guardó en el bolsillo de mapas de la chaqueta de vuelo y cerró la cremallera. Resultaba extraño, pero se sintió algo más que simplemente cansado. Era como si hubiese llegado al final de algo. Como si su sangre de *highlander* volviera a hablarle. Se encogió de hombros para alejar de sí el presentimiento, se volvió y salió a la lluvia, siguiendo a Tanner hasta el Dakota.

Desde Chungking hasta Kunming había setecientos veinte kilómetros. Aprovecharon la oportunidad para reposar y luego continuaron, para realizar la parte más peligrosa del viaje, los ochocientos ochenta kilómetros sobrevolando la «Joroba», hasta los aeródromos de Assam.

Las condiciones eran espantosas, con lluvias fuertes y tormentas, y con la clase de turbulencias que amenazaban con partir en dos el avión. Varios cientos de tripulantes ha-